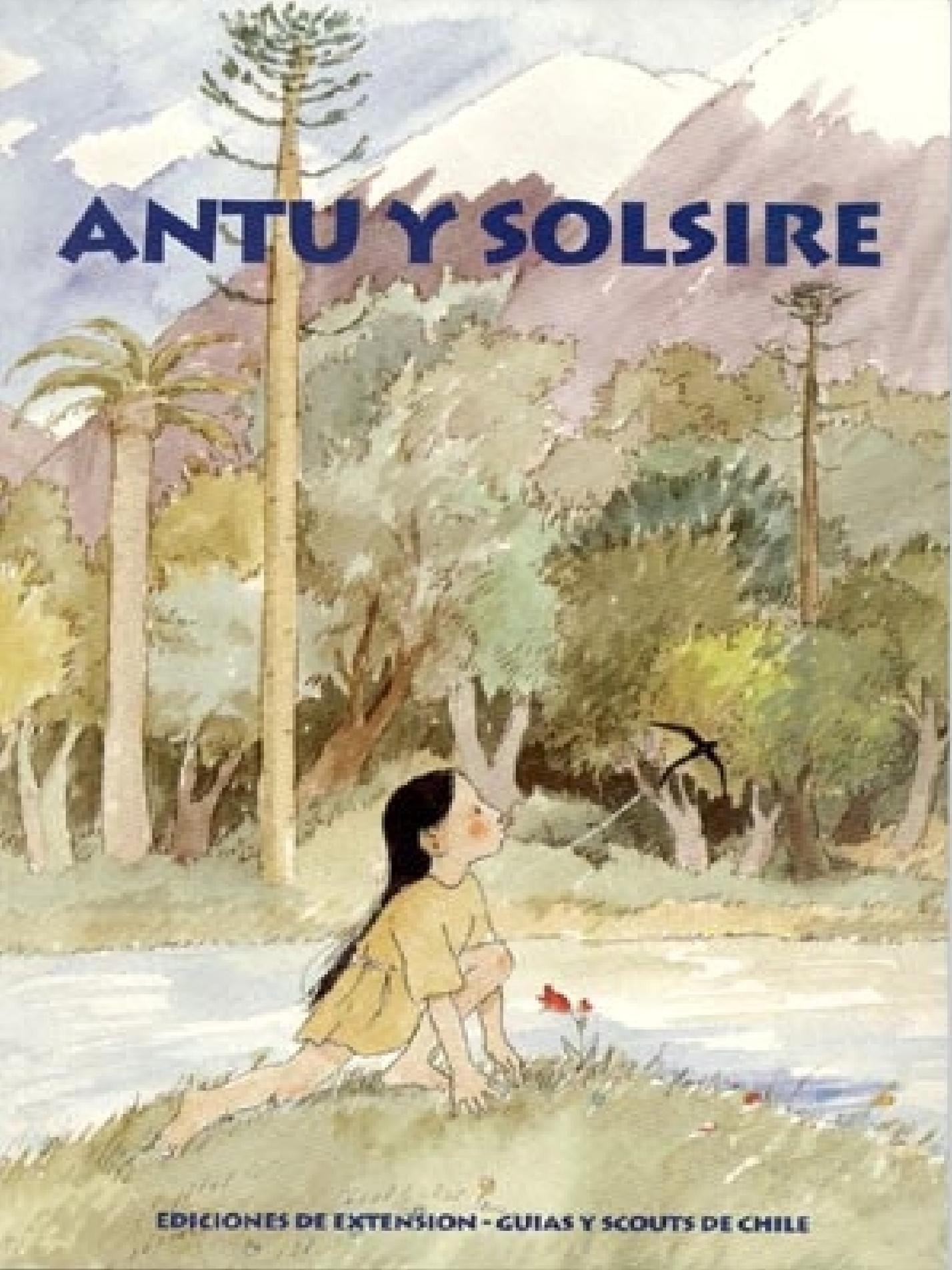


ANTU Y SOLSIRE

An illustration of a young girl with long black hair, wearing a yellow tunic, kneeling on a grassy bank. She is looking up and to the right, where a bird is flying. The background features a river, lush green trees, and snow-capped mountains under a blue sky. The title 'ANTU Y SOLSIRE' is written in large, bold, blue letters across the top.

EDICIONES DE EXTENSION - GUIAS Y SCOUTS DE CHILE

Para contar esta historia, debemos usar nuestra imaginación y viajar a un hermoso pueblo sureño que estaba a los pies de la Cordillera de los Andes, rodeado por un espeso bosque. Por aquí pasaban las aguas del Río Cristalino regando todos los cultivos del valle, alegrando a los habitantes con su canto suave y constante.



Era el lugar predilecto de una gran cantidad de animales que disfrutaban la tranquilidad. Pero no eran los únicos. Había una niña que también era muy feliz viviendo en medio de esta maravillosa naturaleza. Su nombre era Antú, tenía ocho años y llamaba la atención por su larga cabellera de color azul oscuro, casi negro.



Era, por sobretodo, inquieta... siempre había algo que quería conocer y sentía que tenía que aprovechar cada momento del día. Antú tenía un afecto especial por Arimatu, la Sabia del pueblo, siendo uno de sus pasatiempos favoritos el escuchar las historias que ésta narraba. Las que más le gustaban eran sobre animales valientes y bondadosos. Arimatu siempre motivaba a Antú a explorar la naturaleza, observarla y reconocer en ella importantes lecciones.

Por lo tanto, salir de excursión era otro de los pasatiempos favoritos de Antú.

Un día a comienzos de septiembre, salió de paseo y algo le llamó profundamente la atención... Era un ave que pasó volando y lucía un hermoso plumaje del mismo color que su pelo.

Antú no pudo resistir la tentación y la siguió para descubrir de dónde venía. Quedó sorprendida cuando vio que descendía en picada y, sin detenerse en el suelo, agarraba un pequeño insecto. "¡Qué hábil cazadora!", pensó Antú. El pajarito repitió esta acción varias veces con la misma precisión y luego voló hasta un nido que se encontraba en un árbol cercano.



The background of the page is a colorful illustration. In the foreground, a young girl with dark hair, wearing a yellow-orange top, is looking up towards a tree. In the tree, there is a bird's nest with several eggs. A small bird is perched on the nest. The sky is pink and yellow, with several birds flying. The overall scene is bright and cheerful, suggesting a spring setting.

Con cuidado y silenciosamente, Antú se asomó por encima de una rama para observar. En el nido había varios huevos y el ave los acomodaba con gran ternura. No tenía gran tamaño; según Antú, era posible sostenerla en la palma de su mano. Pudo distinguir que no era completamente azul oscuro, tenía unas pequeñas manchas de color castaño en la frente y su pecho era blanco. Sus plumas eran lisas; las patitas, cortas y las uñas, firmes. Y su cola... Antú jamás había visto cosa igual: era horquillada, es decir, tenía forma de V.

Antú regresó corriendo al pueblo y buscó a la Sabia para preguntarle por lo que había visto. Después de escuchar la descripción del pajarito, una sonrisa se dibujó en el rostro arrugado de Arimatu. "¡Es la golondrina bienvenida!", exclamó, "Su llegada significa que se inicia la primavera... ¡las praderas se vuelven verdes, brotan las hojas en las ramas de los árboles, las flores se abren con esplendor y nacen las crías de los animales del bosque!". Esta noticia alegró mucho a Antú, porque sabía que los días comenzarían a alargarse, haría más calor y tendría más tiempo para recorrer y explorar. Así, con un sentimiento de gratitud hacia la pequeña golondrina, se fue a acostar esperando un nuevo día de aventuras.



Una hermosa mañana de primavera nació Solsiré. Ya era hora... porque se sentía incómoda, ¡había tan poco espacio para moverse y hacía tanto calor en el interior del huevo!

El día que ocurrió este increíble suceso, Solsiré despertó con más energías que nunca. Trató de recordar cuánto tiempo llevaba ahí adentro y le pareció una eternidad, aunque sólo fueron quince días.

"¿Será o no el momento de salir?" Decidió preguntar en voz alta. No obtuvo respuesta y volvió a intentarlo. Puso atención y escuchó los silbidos y gorjeos de sus hermanos... estaba impaciente por saber cuántos eran. Calculó que debían ser unos cuatro o cinco.

"¡Cuánto ruido hacen!", pensó. No quedaba otra alternativa más que averiguar por sí misma si era una hora propicia para nacer o no. "Si quieres hacer algo bien, tienes que hacerlo tú misma", se dijo orgullosa. Picoteó sin cesar hasta romper el cascarón, sintió el aire fresco, miró a su alrededor y vio que los demás aún no se asomaban. "Vamos hermanos, salgan", exclamó, "¡Ni siquiera han nacido y ya están atrasados!"

Los días que siguieron pasaron rápidamente. Solsiré y sus hermanos conversaban y soñaban con grandes aventuras en el mundo que existía más allá del nido. Su madre, Ayeka, era muy organizada y se preocupaba de darles alimento varias veces al día. "Para volar hay que estar sano y ser fuerte", les repetía. Solsiré, que siempre tenía apetito, sentía que crecía cada vez más. Su padre, Kaze, tuvo que reparar varias veces el refugio que ya no soportaba el peso de los pichones.





Al cabo de tres semanas, Solsiré pensó que ya estaba un poco aburrida. Cada vez que se descuidaban sus padres, su curiosidad la llevaba hasta el borde del nido. Desde allí podía observar todo lo que sucedía en el bosque. Estaba deseosa de bajar hasta allá para conocer a los demás animales. Fue así que decidió que estaba lista aprender a volar.

Al principio pensó que bastaba extender las alas, pero no pasó nada. Decepcionada, intentó otra táctica. Esta vez, además de extender las alas, daba pequeños saltos. Pero tampoco obtuvo buenos resultados. "Parece que no vas a aprender a volar, sino a bailar", se burlaban sus hermanos. Pero, aunque se sentía haciendo el ridículo, no desistió.

Las ganas de salir a hacer nuevos amigos eran más fuertes. Solsiré se detuvo a pensar en su lugar habitual al borde del nido. No alcanzó a reaccionar cuando una ráfaga de viento la empujó... perdió el equilibrio y cayó al vacío. Hizo lo primero que se vino a su mente: extendió sus alas, las agitó lo más rápido posible y... ¡se sostuvo en el aire! ¿Qué era esto? Solsiré, encantada, se dio cuenta que podía subir y bajar: ¡Había aprendido a volar!





Ya se encontraban a mediados de octubre y la primavera había llegado a todos los rincones. Aunque el ambiente estaba un poco fresco, Antú se levantó temprano para hacer algunas tareas caseras.

Deseaba tener la tarde libre para cumplir una promesa: llevar a sus amigas hasta el nido de las golondrinas que había descubierto unas semanas atrás. Recordó el camino con facilidad. Estaba ubicado cerca del pueblo, aprovechando un sector espeso del bosque, a pocos metros del agua. "Son muy inteligentes, aprovechan al máximo lo que les ofrece la naturaleza", comentó Antú.

Casi se tropiezan con una que se encontraba en el suelo, probando sus alas. "Mira, está tratando de volar", observó Antú de inmediato y apresuró el paso, "es una golondrina aprendiz". No se quería perder ni un sólo detalle. El ave la vio y en menos de un segundo despegó con fuerza en la dirección contraria.

Las niñas la siguieron con la vista. Les causó gracia cómo subía y bajaba, zigzagueando sin rumbo fijo. Unos metros más adelante, el pajarito voló decididamente hacia el río Cristalino.



Antú y sus amigas contuvieron la respiración... ¡la golondrina ni siquiera intentó esquivar las aguas y cayó de cabeza!

Las niñas se acercaron rápidamente y comprobaron que la golondrina estaba bien... se hacía camino en dirección a la orilla, donde se colocó bajo los rayos del sol para sentir el calor.

Por un instante Antú y sus amigas se sintieron aliviadas, pero, los peligros no se habían acabado. Se percataron que... ¡un inmenso caballo se acercaba al pajarito! Sin embargo, éste parecía no tener temor. Cual no fue la sorpresa de las niñas al ver como ambos animales entablaban una animada conversación. ¡Se entendían aunque eran diferentes! Procurando no hacer ruido, Antú y sus amigas se sentaron silenciosamente a observar asombradas la escena que se ofrecía ante sus ojos.



Un día Solsiré despertó con muchos deseos de perfeccionar su vuelo. Logró bajar hasta el suelo y se preguntó cómo se las arreglaría para despegar desde ahí. De pronto sintió unos ruidos y se dio cuenta que habían unas niñas que la observaban.

Debido al susto, levantó sus alas y las movió aceleradamente. Una gran sorpresa se llevó cuando se elevó sin dificultad alguna. ¡Ja! Se sentía feliz porque cada vez controlaba más su vuelo. Solsiré hacía piruetas y las niñas la miraban con admiración.

Cerró un instante los ojos y sintió el viento entre sus alas. "¡Esto es maravilloso!", se dijo. Unos pocos segundos fueron suficientes para sentirse segura nuevamente. Avanzó algunos metros y algo que brillaba abajo llamó su atención. Como era curiosa, decidió descender para investigar. Fue entonces cuando vio a una golondrina que volaba directamente hacia ella... Se produjo el choque inevitable y Solsiré sintió que se hundía... Sus alas estaban muy pesadas, pero con todas sus fuerzas logró mantenerse en la superficie. No había rastro de la otra golondrina.

Decidió moverse para alcanzar la orilla.

Mientras se secaba al sol, aún extrañada por lo que había sucedido, escuchó una voz detrás de ella. Se dio vuelta y ahí estaba el animal más grande que Solsiré había visto.

- ¿Por qué volabas directo al río, pequeña golondrina?- preguntó el extraño.
- Quise descubrir qué brillaba tanto a la luz del sol- contestó Solsiré- Fue entonces cuando vi un pajarito que venía hacia mí.
- Ese era tu reflejo- dijo el inmenso animal, riéndose- Si te asomas, verás que todavía -está ahí.

Solsiré se acercó al río y pudo comprobar cómo la imagen hacía lo mismo que ella. Esto le pareció sumamente divertido, un gran descubrimiento.

- ¡Ah! Algún día me voy a parecer a las golondrinas mayores- exclamó Solsiré- ¡Seré toda una viajera!
- ¡Y yo, me voy a parecer a los caballos grandes!
- A mí me pareces suficientemente grande...-comentó la golondrina- Caballo, ¿eso eres?
- Sí, y me llamo Raz.
- ¿Y son todos los caballos como tú?- Solsiré quería saber más- ¿Qué son esas cosas blancas que tienes en la boca?
- Haces muchas preguntas para ser tan pequeña- dijo Raz- Se llaman dientes y sirven para masticar los alimentos. Son blancos porque yo me preocupo de comer frutas para limpiarlos.



Entonces, el inmenso caballo abrió la boca en una espectacular sonrisa. Luego bajó la cabeza y se puso a beber agua del río.

- Nunca había visto tanta agua junta- aprovechó de comentar la golondrina- ¿Río dijiste que se llamaba?
- Sí, y es de gran utilidad para todos los animales y plantas- agregó Raz- Cada vez que puedo, me doy un chapuzón...
- ¿Chapuzón?- Solsiré estaba muy intrigada.
- Darse un baño. No hay nada tan entretenido y refrescante como eso- aseguró el equino- Además, me ayuda a estar limpio. Lo menos que quiero es enfermarme ahora que estoy tan ágil y que atravieso los valles con rapidez.
- Mmm, creo que yo haré lo mismo. También quiero estar sana para volar a gran velocidad- Solsiré miró el río y luego preguntó- ¿Habrá agua cuando yo venga a darme un chapuzón?
- Claro, viene de las montañas- la tranquilizó Raz.
- ¿Y cómo llega a las montañas?-
- Cae del cielo-
- ¿Cuándo?- preguntó Solsiré mirando a su alrededor angustiada.
- No ahora- contestó el equino con risotadas- En el invierno.
- ¿Invierno?-
- Es la estación en la que llueve y hace frío- explicó Raz con paciencia- Ese es el momento en que ustedes las golondrinas deben emigrar en busca de tierras más cálidas...

Solsiré se quedó pensativa después de saber tantas cosas nuevas. En ese momento, Raz, que era un caballo prudente, le recordó que estaba oscureciendo y que sus padres se iban a preocupar si no llegaba pronto a casa. Por esta razón, la golondrina se despidió con la promesa de visitarlo en otra ocasión.





Antú y sus amigas estaban tan absortas con la conversación entre la diminuta golondrina y el inmenso caballo que no se percataron que ya se había puesto el sol. Como se encontraban en un sector espeso del bosque, la oscuridad las rodeaba por todos lados. Expectantes, todos los ojos se posaron sobre Antú.

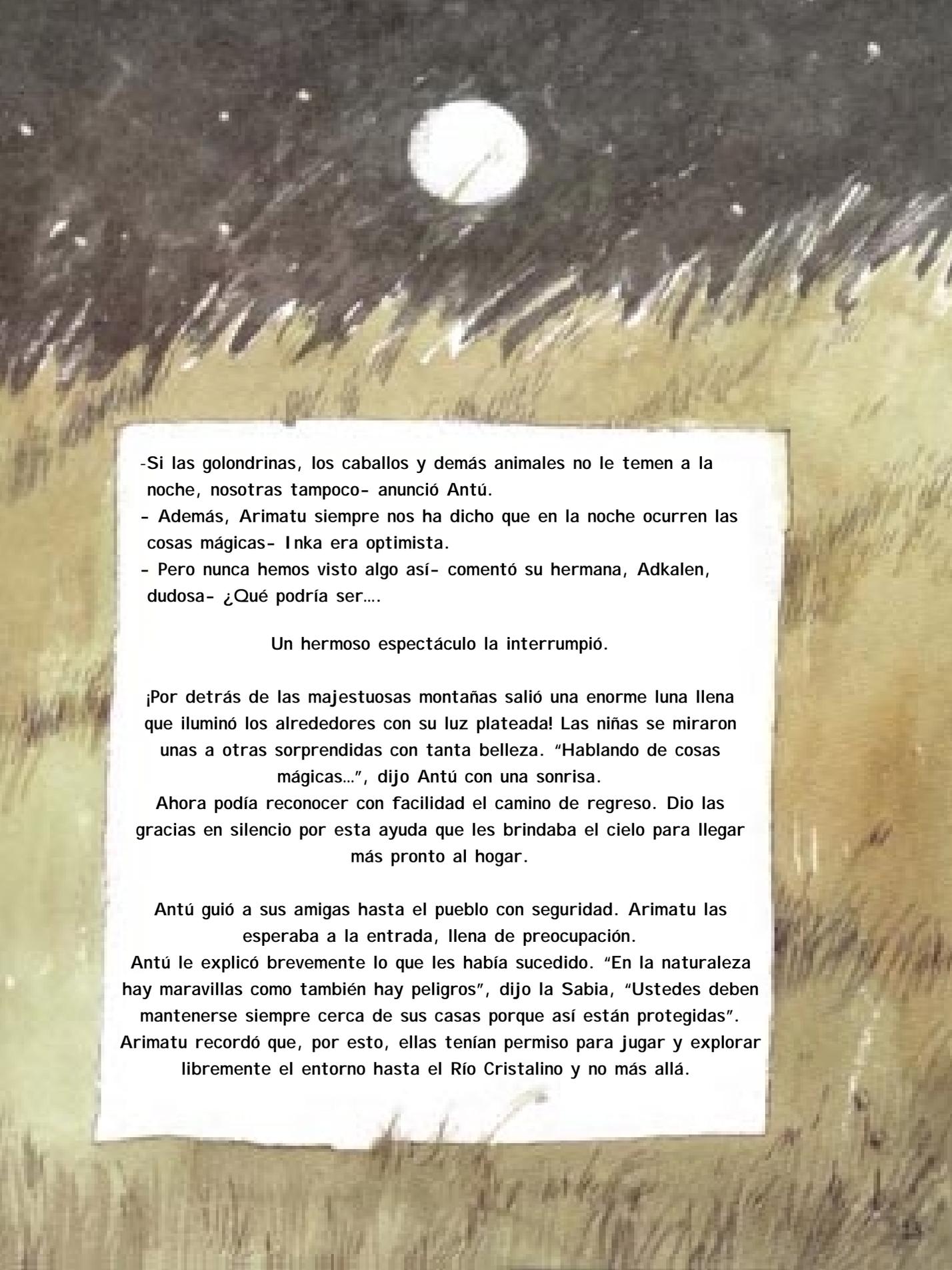
- ¿Estamos en problemas?- preguntó la menor, Inka.
- No...- dijo Antú titubeando- Emm... ¡sígueme!

Ella sabía perfectamente en qué dirección se hallaba el pueblo; de todas formas, dudaba antes de dar un nuevo paso.

Así transcurrió un largo rato y la niña se empezó a poner nerviosa. No lograba distinguir forma alguna con claridad. Todo parecía una gran masa negra que inspiraba temor.

“Aunque no los vea, son los mismos árboles arbustos y plantas que conozco tan bien”, pensó Antú.

Se detuvo a respirar hondo y sintió gran cantidad de olores familiares: eucaliptus, pino, miel y flores silvestres. De pronto experimentó un gran alivio.

- 
- Si las golondrinas, los caballos y demás animales no le temen a la noche, nosotras tampoco- anunció Antú.
 - Además, Arimatu siempre nos ha dicho que en la noche ocurren las cosas mágicas- Inka era optimista.
 - Pero nunca hemos visto algo así- comentó su hermana, Adkalen, dudosa- ¿Qué podría ser....

Un hermoso espectáculo la interrumpió.

¡Por detrás de las majestuosas montañas salió una enorme luna llena que iluminó los alrededores con su luz plateada! Las niñas se miraron unas a otras sorprendidas con tanta belleza. "Hablando de cosas mágicas...", dijo Antú con una sonrisa.

Ahora podía reconocer con facilidad el camino de regreso. Dio las gracias en silencio por esta ayuda que les brindaba el cielo para llegar más pronto al hogar.

Antú guió a sus amigas hasta el pueblo con seguridad. Arimatu las esperaba a la entrada, llena de preocupación.

Antú le explicó brevemente lo que les había sucedido. "En la naturaleza hay maravillas como también hay peligros", dijo la Sabia, "Ustedes deben mantenerse siempre cerca de sus casas porque así están protegidas". Arimatu recordó que, por esto, ellas tenían permiso para jugar y explorar libremente el entorno hasta el Río Cristalino y no más allá.





Esa tarde Solsiré regresó al refugio antes del anochecer, tal como se lo sugirió su nuevo amigo, Raz el caballo. Estaba muy curiosa y deseaba preguntarle a sus padres sobre eso de emigrar... Esperó que todos los integrantes de la familia se acomodaran en sus rincones y entonces empezó su interrogatorio.

- ¿Nosotros nos iremos de aquí algún día?-

Solsiré vio asombro en la cara de sus hermanos. "¿Cómo se le puede ocurrir semejante cosa?", Probablemente pensaban .

- Claro- dijo Ayeka con calma- Porque no podemos resistir el invierno.
- Nosotros debemos salir mucho antes para que no nos alcance- agregó Kaze- Cuando las praderas se vuelvan amarillas y los árboles pierdan sus hojas, nosotros estaremos viajando...
- ¿Y hacia dónde?- preguntó Solsiré.
- Hacia el norte- le contestó- Allí hace calor. Es un lugar muy lindo...
- ¿Está lejos?- interrumpió su hija.
- A unos ocho mil kilómetros de distancia-

Los pichones lo miraron sin comprender. Kaze trató de explicar mejor: "Algo así como viajar de Arica a Puerto Montt ida y vuelta". Solsiré, al igual que sus hermanos, no supo si esto era mucho o poco, pero esto no era lo más importante. Otro asunto le preocupaba.

- ¿Cómo llegaremos?-
- Volando, por supuesto, para eso tenemos alas- dijo Kaze extendiendo las suyas.
- Pero... pero... ¿Cuánto tiempo volaremos?- Solsiré recordó que ella había quedado cansada por avanzar apenas unos metros.
- Tres meses- respondió el padre como si fuese la cosa más fácil de hacer en el mundo.
- ¿TRES MESES?-

En esta ocasión, hasta Solsiré quedó sorprendida.

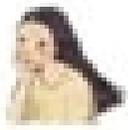
- ¿Sin parar?-
- Por supuesto que no. Nos detendremos algunas veces a tomar agua- Ayeka intentó tranquilizar a sus hijos.
- ¿Y la comida?-
- Cazaremos insectos bajando en picada de vez en cuando- la madre movió el pico atrapando un bicho imaginario- Ya verán... pronto serán unos expertos.

Solsiré decidió que, de ahora en adelante, había que aprovechar el tiempo: practicar para poder hacer tanto proezas como acrobacia en pleno vuelo. Quería ser eficiente y, al mismo tiempo, elegante como las golondrinas mayores. "Por fin seré una viajera", se dijo y sonrió ante la idea. Pero entonces surgió una nueva preocupación. Aún en el caso que volara bien, ¿cómo encontraría el camino correcto?

- ¿Qué pasa si uno de nosotros se pierde?-

- Eso no va a ocurrir- señaló Ayeka con seguridad- Viajaremos todos juntos, formados como la punta de una flecha...
- Y a la cabeza irá nuestra guía de vuelo, la anciana Jaquim- agregó Kaze
- Pero, ¿no se cansa?-
- Solsiré sintió gran admiración por ella.
- Claro que sí- comentó la madre- Entonces es el turno de alguna de las viajeras que la siguen en la formación.
- ¿Eso significa que todas las golondrinas pueden ser guía de vuelo?-
- Cuando están preparadas, por supuesto- dijo Ayeka con voz soñolienta.

"Debe ser muy difícil", pensó de inmediato Solsiré. "Quedo contenta tan sólo con la oportunidad de viajar con toda la bandada hacia el norte". Mientras se imaginaba el día de la partida, se quedó profundamente dormida.



Antú, una tarde a fines de noviembre, tomó su mochila y salió a explorar. Buscaba flores coloridas o piedras preciosas para tener los mejores adornos para usar esa noche en la Fiesta de la Cosecha.

Era una ocasión muy especial en la que todo el pueblo celebraba la llegada definitiva del buen tiempo.

Antú fue internándose cada vez más en el bosque. Deseaba algo original y pensó que al otro lado del Río Cristalino lo podra encontrar

No recordó las advertencias de Arimatu.

Aprovecho las grandes rocas
logró cruzar las aguas.

Siguió un poco más lejos
porque en la orilla sólo
habían ramas sin gracia.

A medida que se
acercaba a las
montañas, vio algunas
flores que no conocía.
¡Eso es lo que
estaba buscando!





Mientras se
agachaba, escuchó un
fuerte silbido que cruzó los aires.

Antú se detuvo y sintió una
presencia que la incomodaba. Volvió
la espalda y vio una sombra extraña en
el suelo. Levantó la mirada y contuvo la
respiración: un enorme ave de rapiña se
había fijado en ella. Sintió mucho miedo cuando se fijó en las
afiladas garras del águila. Le temblaban las rodillas y se le puso la
piel de gallina. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo se podía defender de un
animal tan fuerte? ¡Con astucia!



Rápidamente Antú miró a su alrededor buscando un refugio. Divisó una roca con una pequeña abertura, donde se escondió justo en el momento en que el ave de rapiña descendía a toda velocidad en su dirección.

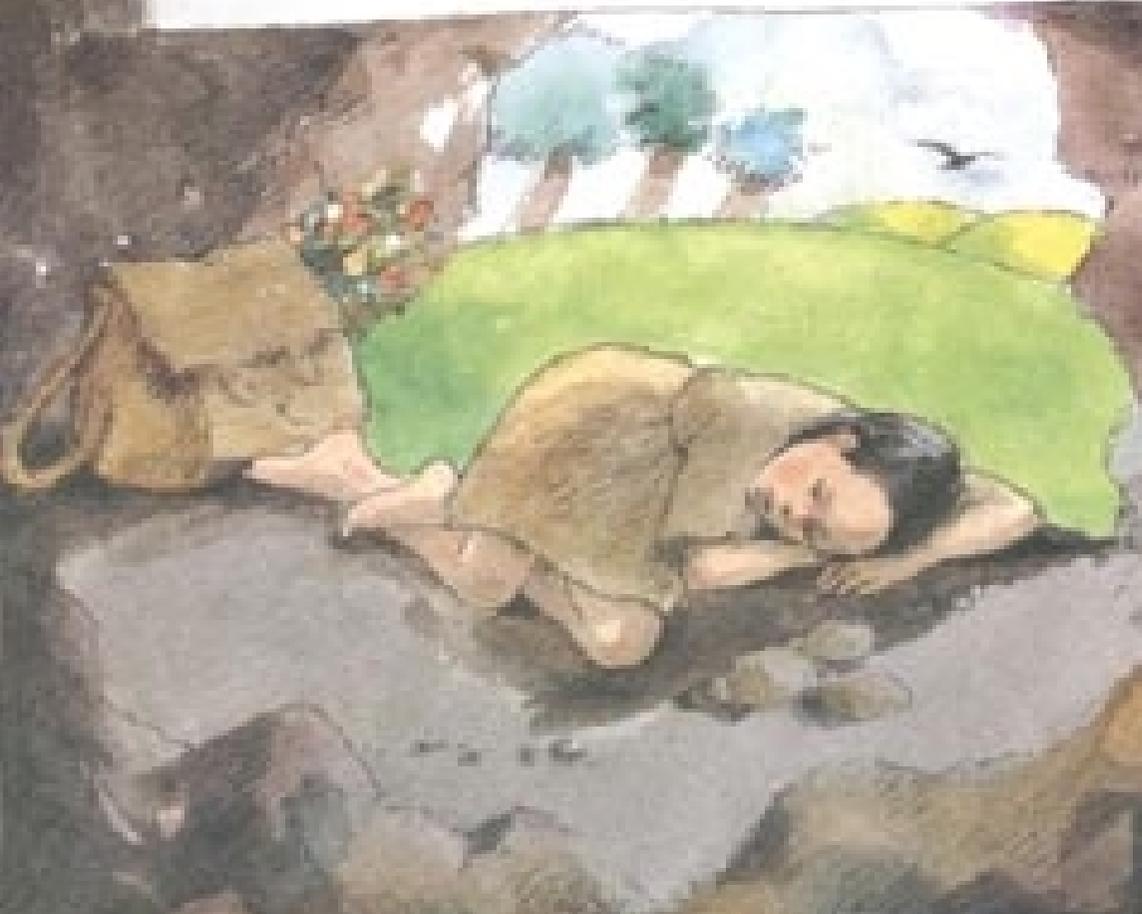
Una vez que estaba protegida, se felicitó por su reacción.

Se encontraba en una cueva amplia de aspecto acogedor.

“Debe haber sido la guarida de algún animal”, pensó.

Se acomodó sobre un montón de hierbas secas. Su respiración lentamente volvió a su ritmo normal. Mientras descansaba un poco, recordó la historia que muchas veces le había contado Arimatu.

Así como ella, Rikki Tikki Tavi también era valiente.



" En tierras muy lejanas vivía un niño con sus padres en una cabaña rodeada por un jardín grande y selvático. Un día el río que corría cerca trajo hasta allí una joven mangosta de nombre Rikki Tikki Tavi. La madre pensó que el animalito estaba muerto, pero su marido advirtió que en realidad se encontraba medio ahogada. Luego de que se secó, Rikki Tikki Tavi empezó a corretear por todas partes. Era muy parecida a un gato en la piel y en la cola, pero más semejante a una comadreja por su cabeza. Sus ojos y el extremo de su inquieto hocico eran de color rosa; podía rascarse en cualquier parte de su cuerpo con cualquiera de sus patas y levantar su cola poniéndola como un escobillón.

Rikki Tikki Tavi estaba encantada y estaba decidida a inspeccionarlo todo. Casi se ahogó en la bañera, metió el hocico en el frasco de tinta que había encima del escritorio y luego se lo chamuscó con la punta del cigarro que fumaba el padre. En la noche, se encaramó en la cama del niño cuando éste se acostaba. A la madre no le gustó esto para nada. " Puede morder al niño", le dijo asustada a su marido. Este le dijo que su hijo probablemente estaría más seguro con una fierecilla a su lado. Su esposa puso esto en duda. Pero, pronto llegó el día en el que quedó demostrado que el padre había estado en lo correcto.

Una pareja de serpientes, Nag y su esposa Nagaina, querían ahuyentar a los habitantes de la cabaña para ser nuevamente los gobernantes del maravilloso jardín. Por esto elaboraron un plan para envenenarlos con su mordida. Rikki Tikki Tavi los escuchó y esperó que Nag, la cobra encargada de hacerlo, se quedara dormida. Entonces le enterró sus afilados

colmillos en el
cuello y no la
soltó hasta
que apareció el
Padre que escuchó
la riña y le puso fin.



La otra serpiente, Nagaina, estaba furiosa con Rikki Tikki Tavi.

Cuando comprobó que no se encontraba en los alrededores, se deslizó hasta el comedor de la cabaña hasta quedar a unos centímetros del tobillo del niño que se encontraba almorzando junto a sus padres. Los tres quedaron paralizados. Fue en ese momento que apareció la astuta mangosta cargando uno de los huevos recientemente puestos por Nagaina. Con esto, la cobra se olvidó de los humanos y se concentró en Rikki Tikki Tavi. Este animalito aprovechó el primer descuido y saltó a su cuello para morderla. Fue así como el hombre alcanzó a poner a salvo al niño para luego intervenir y, por segunda vez, poner término a la pelea.

Gracias a los cantos del pájaro tejedor Darzee, rápidamente se supo en todo el jardín que había una mangosta que, aunque joven, era muy valiente. Por esto, a partir de ese momento, todos sabían que se podía vivir en paz porque las serpientes ya no se atreverían a volver".

 **S**olsiré disfrutaba intensamente el clima cálido. Un día, cuando el sol se encontraba en el punto más alto del cielo, decidió bajar al Río Cristalino a refrescarse. Después de tomar abundante agua, seguía sintiendo calor y por esto decidió darse un chapuzón, tal como lo hacía su amigo Raz, el caballo.

Estaba totalmente distraída y no advirtió que por su lado pasó nadando un veloz animal. Cuando venía de regreso lo vio. Era grande y tenía un pelaje de color castaño oscuro. La cola llamó la atención de Solsiré más que cualquier otra característica porque era plana y le servía de timón. Llevaba en su boca algunas ramas y parecía muy ocupado. Desapareció bajo el agua por algunos minutos y luego se volvió a asomar varios metros más allá. “Voy a esperar que pase otra vez y le preguntaré qué está haciendo”, pensó la golondrina.



Ya era hora de salir del agua. Observó que en la orilla había gran cantidad de ramas, de diferentes tamaños. “¡Ah!”, exclamó en voz alta, “De aquí las saca”. Solsiré trató de tomar una con su pico. Era un poco pesada y la dejó nuevamente en el suelo. Buscó a su alrededor algo más fácil de recoger. “¡Flores!”, dijo encantada. Se acercó a la base de un árbol donde crecían numerosas flores pequeñas. Escogió una, luego otra, hasta formar un hermoso ramito.

Era un regalo perfecto para su mamá. Ahora había que descubrir cómo llevarlo hasta el nido. “Si lo tomo con el pico, el ramo me tapa los ojos”, concluyó después de hacer la prueba. “No puedo volar si no veo”. Quizás la mejor alternativa era cargarlo sobre la espalda. No, tampoco era la solución. “Se va a caer cuando me eleve”. ¿Qué podía hacer entonces? Solsiré daba vueltas y vueltas sin que se le viniera a la mente otra idea. Estaba tan concentrada que no se fijó que ya no estaba sola.

-Es mejor que siga recolectando palitos porque si te sigo con la vista me voy a marear y si me mareo no podré nadar de nuevo al medio del río donde me esperan y si no llego mis amigos se van a preocupar y... -

Solsiré escuchó tantas palabras juntas que se detuvo para ver qué animal era tan parlanchín. Por supuesto que era el que ella esperaba.

-Lo peor de todo es que nos vamos a atrasar y no terminaremos el dique a tiempo y en cualquier momento vendrán corrientes que se llevarán nuestra casa y... ¡Kot, no seas negativo!- se dijo a sí mismo- Lo lograremos...

- ¿Siempre hablas tanto?- Solsiré estaba sorprendida.

- Sí- ahora trató de ser breve.

- ¿Y siempre andas tan apurado?-

- Sí, ¡es que hay tanto que hacer! Nosotros, los castores, no nos podemos detener ni un minuto, sobretodo cuando estamos construyendo porque...- empezó de nuevo.

- ¿Construyendo qué?- interrumpió la golondrina.

- Un dique- tomó aire y explicó- Es una barrera que hacemos con ramas y lodo que sujeta las aguas del río para que no se lleven nuestra casa.

-Es increíble- dijo Solsiré con admiración- Yo pensé que no era posible vivir ahí, a menos que uno fuera un pez.

-Con ingenio uno puede hacer cualquier cosa. ¡ Hasta volar!- exclamó Kot.

-Pero si eso es muy fácil...-

-Claro, a ti, que eres una golondrina te resulta muy fácil- murmuró el castor mientras se agachaba para tomar las ramas que había reunido- Pero es un tema para otro día cuando vengas y conversemos con tranquilidad porque ahora eso no es posible ya que debo continuar con mi tarea y no puedo hablar cuando tengo algo en la boca porqufm mmmgfs mmmht mmmrññmf...-

Kot se alejó rápidamente, sin que se entendiera ni una sola palabra de lo que decía. Solsiré quedó riéndose del castor inquieto un buen rato y luego regresó a sus pensamientos. "Con ingenio debo ser capaz de encontrar una solución para llevar este ramo de flores a mi mamá." Fue entonces cuando sintió un ruido, levantó la vista y vio pasar a una niña que alegremente exploraba el bosque con un extraño bulto atado a su espalda.

Esta escena le dio una gran idea a Solsiré. Juntó suficiente pajita seca e hizo lo que un humano habría considerado un canasto diminuto. Aquí adentro depositó el ramo. Luego lo amarró a su cintura con unos juncos y partió volando en dirección a su casa. Cuando estaba cerca, se preparó para descender con mucha suavidad. Las flores estaban a salvo y, con mucho orgullo, se las entregó a su madre que la abrazó con amor.





Era una tarde calurosa, pero Antú sintió un poco de frío.

Abrió los ojos y miró a su alrededor extrañada.

¿Qué estaba haciendo en ese lugar? Trató de recordar... Ella había decidido buscar flores o piedras preciosas para usar como adornos en la Fiesta de la Cosecha. Creyó que las podría encontrar más allá del Río Cristalino. ¡Y no siguió los consejos de Arimatu!

Ahora Antú sentía vergüenza por esto.

Rápidamente pasaron por su mente los hechos más recientes: la sombra, el águila, la amenaza y el refugio. "Estaba pensando en la historia de Rikki Tikki Tavi... entonces me quedé dormida", dijo en voz alta. "...da... da... da...", se escuchó en la cueva. "Estoy completamente sola". "...la... la... la...". "¡Y no me ayuda para nada este ecol!". "...co... co... co...".

Antú sabía que tenía que hacer algo pronto.

Se asomó por la abertura y respiró aliviada. No habían señales del ave de rapiña. Salió tranquilamente y empezó a avanzar con las montañas a sus espaldas. Estaba perdida.

Pero, si lograba llegar al Río Cristalino, podría recuperar fácilmente la ruta correcta.



Mientras caminaba empezó a soplar un fuerte viento que entorpecía su marcha.

Era cada vez más difícil dar un paso adelante. Con insistencia las ráfagas venían en su contra.

¡No se quería rendir!

El cielo soplaba y soplaba. Todos los intentos de Antú resultaron inútiles. Sentía una gran frustración y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue en ese instante que recordó una frase que Arimatu solía repetir: "la fuerza no vence a la fuerza; busca la calma y te harás fuerte".

Antú se dejó caer lentamente hasta el suelo y allí se sentó a esperar. Entre los constantes silbidos captó algo diferente.

¡El fuerte viento traía hasta sus oídos unas melodías familiares! Se paró de inmediato y, siguiendo con atención los hermosos cantos, logró llegar hasta el Río Cristalino.



Aquí sus amigas ensayaban la música y el baile para la Fiesta de la Cosecha.

Antú estaba más contenta que nunca al verlas y de inmediato les contó lo que le había pasado.

Esa noche, antes que empezara la celebración, Antú buscó a Arimatu. Como siempre, la Sabia del pueblo le puso mucha atención.

-Fui egoísta y desobediente- dijo la niña cuando finalizó el relato- Estaba tan preocupada por conseguir los mejor adornos para mí...

-...Que olvidaste que tus padres te han pedido que no vayas más allá del Río Cristalino- agregó Arimatu.



Antú se quedó en silencio un momento.

Miró el rostro arrugado lleno de dulzura. "Pero aprendiste algo muy importante", le señaló la Sabia, "Ya sabes que hasta lo adverso te puede favorecer".
Era verdad... el fuerte viento que le causó tanto problema, después le brindó gran ayuda. "Es como le ocurrió a Cotí", sugirió Arimatu. Era una buena idea narrar esta historia.

Antú llamó a sus amigas Inka y Adkalen porque sabía que les iba a gustar.

" Cotí era una joven alma aventurera que era capaz de nadar y zambullirse entre las olas con gran agilidad al igual que un delfín.

Por el contrario, cuando se trataba de avanzar por tierra, era increíblemente torpe y lenta. Pero esto no debe extrañar porque lo mismo ocurre con todas las focas.

Lo que distinguía a Cotí de las demás era su piel completamente blanca. A menudo las otras focas adolescentes o foquines le preguntaban por qué era tan raro. A Cotí le incomodaba esto. Sin embargo, fue lo que le salvó la vida y le permitió ayudar a todo su pueblo.

Un día que se encontraba en la playa jugando con sus compañeros, llegaron dos hombres que miraron el espectáculo con ojos ambiciosos. Se sentían dueños de las focas y empezaron a apurarlas tierra adentro con gritos y amenazas.

De pronto, uno de ellos exclamó "¡ Hay una que es blanca!" "Dejémosla, debe ser un alma en pena", advirtió el otro.

Aunque Cotí estaba a salvo, no se quedó tranquilo. Decidió seguir al grupo hasta averiguar qué iba a suceder.

Es así como se enteró que estos cazadores mataban foquines para quitarles la piel.

La única solución era encontrar un lugar que los hombres no conocieran para vivir sin temor. Cotí no desperdició ni un solo segundo y buscó ayuda.

El elefante marino, flojo y egoísta, le sugirió que recurriera al manatí y regresó a sus quehaceres. Solitario, Cotí emprendió un largo viaje por el océano Pacífico para encontrar el animal que lo guiara hasta un refugio seguro.





Cuando pensó que ya no había esperanza, vio al manatí o vaca marina. Como éste no hablaba palabra, tuvo que seguirlo confiando en su instinto. Gracias a ello, después de atravesar un largo túnel submarino, salieron a la superficie y Cotí descubrió una hermosa playa rodeada por altas rocas protectoras. Su olfato le avisó que hasta ese lugar jamás había llegado un hombre.

Regresó lo más rápido que pudo donde su pueblo y les comunicó las buenas noticias. Algunas focas lo miraron con desconfianza y Cotí les dijo que esta alternativa beneficiaba a todos por igual. "¡Sigamos a la foca blanca!", exclamó un entusiasta luego de oírlo. Una a una se convencieron y, de esta manera, lograron construir una nueva vida en paz."



Una tarde de noviembre empezó a soplar un fuerte viento. Solsiré y sus hermanos ya estaban en el refugio cuando regresaron sus padres un poco más temprano que lo habitual. "No se asusten", les dijeron, "Es el *puelche*. Es común que nos visite en esta época".

- ¿Cómo lo saben?- preguntó Solsiré que estaba preocupada.
- Porque ya conocemos las características de este lugar- contestó Ayeka.
- Este bosque es muy seguro- explicó Kaze- Pero además es muy hermoso.
- Por estas razones nuestra bandada lo escogió- dijo ella- Eso fue hace mucho tiempo y ahora es una costumbre venir hasta acá.
- ¿Quieres decir que volveremos al Río Cristalino?-
- Todos los años, en el verano- fue la respuesta de Ayeka con una gran sonrisa.
- Y... si tenemos suerte, iencontraremos los restos de nuestro refugio!- exclamó Kaze.
- Sí, eso sería maravilloso- intervino la mamá- Este nido fue hecho con tanto esfuerzo...

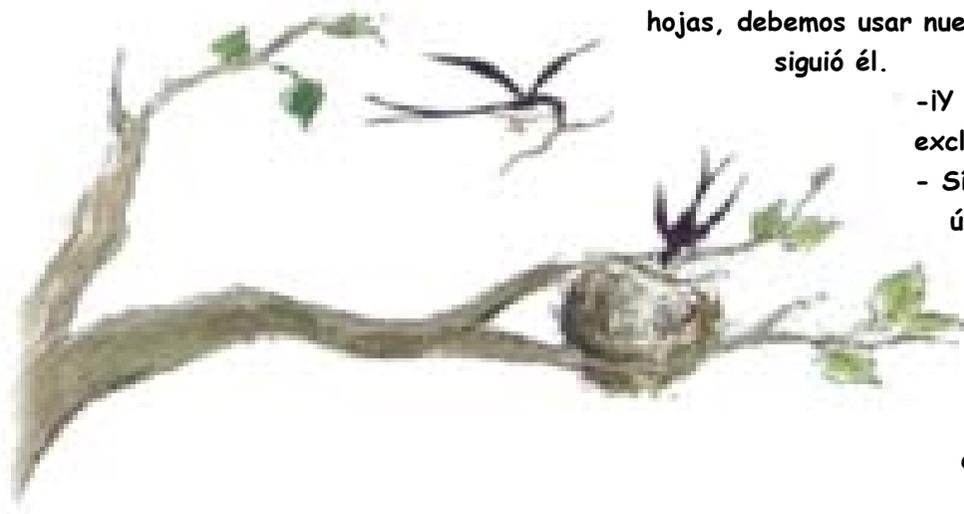
Sus hijos ya habían olvidado sus temores y estaban llenos de curiosidad por saber más. Papá y mamá comprendieron esta inquietud... alguna vez ellos fueron pichones también. Sabían cuánto importaban los detalles.

- Cuando llegamos, nos unimos en parejas...- Kaze miró tiernamente a su esposa- ...para hacer los nidos. Generalmente nos instalamos cerca del pueblo porque es más fácil encontrar materiales de construcción si estamos cerca de los humanos.
- A ellos les encanta cuando llegamos, porque saben que vendrá el buen tiempo- comentó Ayeka.

- Una vez que tenemos una cantidad suficiente de ramas y hojas, debemos usar nuestra saliva para pegar todo- siguió él.

-¡Y luego llegamos nosotros!- exclamó Solsiré.

- Sí, pero antes trabajamos en un último detalle- Ayeka miró hacia el fondo del nido- Colocamos plumas para que sea más blando y acogedor. Algún día ustedes tendrán que hacer lo mismo para esperar a sus pichones...



"¿Qué?" Solsiré y sus hermanos se alborotaron y hablaban al mismo tiempo. Esto significaba que ellos también iban a tener una familia algún día. "Sí, ustedes serán padres; luego sus hijos y los hijos de sus hijos también", dijo Kaze que comprendía su inquietud. "Si escuchan la siguiente historia, comprenderán que así es como se forma una gran familia", Ayeka se había acomodado en un rincón:



“En las aguas
tropicales que hay más al
norte vivía una graciosa ballena.
Por su color azul marino, sus
amigos la llamaban Azurina.

Aunque era muy joven, su cuerpo
tenía un gran tamaño. Sin embargo, esto no le impedía ser una ágil nadadora.

Era capaz de soportar varias horas sin respirar, por lo tanto, podía explorar las zonas más profundas del mar. De vez en cuando le gustaba subir a la superficie para llenar sus músculos de aire puro.

En fin, era igual a cualquier otra ballena, pero ella no lo sabía. Nunca había visto una. Sólo tenía la certeza que era diferente a los demás animales, incluso sus amigos. No poseía un caparazón como Osel, la tortuga marina, ni tentáculos como Zoe, el pulpo, por ejemplo. A veces se sentía sola por esto. Observaba cómo las otras especies se multiplicaban y se convertían en una comunidad. “¿Existirán otros como yo?”, se preguntaba con frecuencia. “Y si los hay, ¿cómo los encontraré?”

Un día Azurina invitó a Osel y Zoe a pasear. Quería mostrarles la belleza de los campos de coral que había descubierto el día anterior. La ballena iba adelante, avanzando rápidamente. Sus amigos, por supuesto, se quejaban más atrás. De pronto, se detuvo. Entre las protestas, pudo distinguir una hermosa melodía. ¡Nunca había oído algo semejante! “¿Qué ocurre?”, preguntaron los atrasados sintiendo un gran alivio por la pausa. “¿No consideran que es una canción maravillosa?”, preguntó Azurina. La tortuga marina y el pulpo se miraron, perplejos. “Pero, si no se escucha nada especial... son los ruidos de siempre”. Según la ballena, ahora se podía percibir mejor, como si la fuente del increíble sonido se hallara cada vez más cerca de ellos. Pero, sus amigos no captaban ni una sola nota.

Azurina decidió que era hora de investigar. En cambio, Osel y Zoe resolvieron que ya era la hora de dormir una siesta. "Nuestra amiga se volvió loca", comentaban. La ballena se alejó siguiendo la pista. Luego de nadar un buen rato vio quién cantaba tan bien...

Su sorpresa fue grande cuando se encontró frente a un animal parecido a ella. Era un ballenato que le sonrió de inmediato a Azurina. "¡Qué linda es!", pensó. Se presentó y le dijo que venía de las frías aguas del polo. "¿Y por qué estás cantando?", Azurina deseaba entender lo que estaba ocurriendo. "Para guiar a todos hasta este lugar." "¿Todos? ¿Acaso hay más?", preguntó ella con ansiedad. El se rió de buena gana y le respondió que sí.



De este modo, Azurina encontró a su pareja.

La tortuga marina y el pulpo se alegraron mucho al saber que su amiga ya no estaría sola. La felicitaron cuando ésta les contó que muy pronto iban a nacer sus hijos. "Más adelante van a tener nietos y luego bisnietos y...", Zoe suspiró y agregó: "¿Te das cuenta Azurina? ¡Tú misma has iniciado la familia que te acompañará para siempre!"



Por fin llegó el verano.



Antú se alegró más que nadie en el pueblo porque había más tiempo para aventuras. Con entusiasmo le propuso a sus amigas recorrer cada día un rincón diferente del bosque, por supuesto, sin traspasar el límite del Río Cristalino... como sabemos, ¡ya había aprendido la lección!

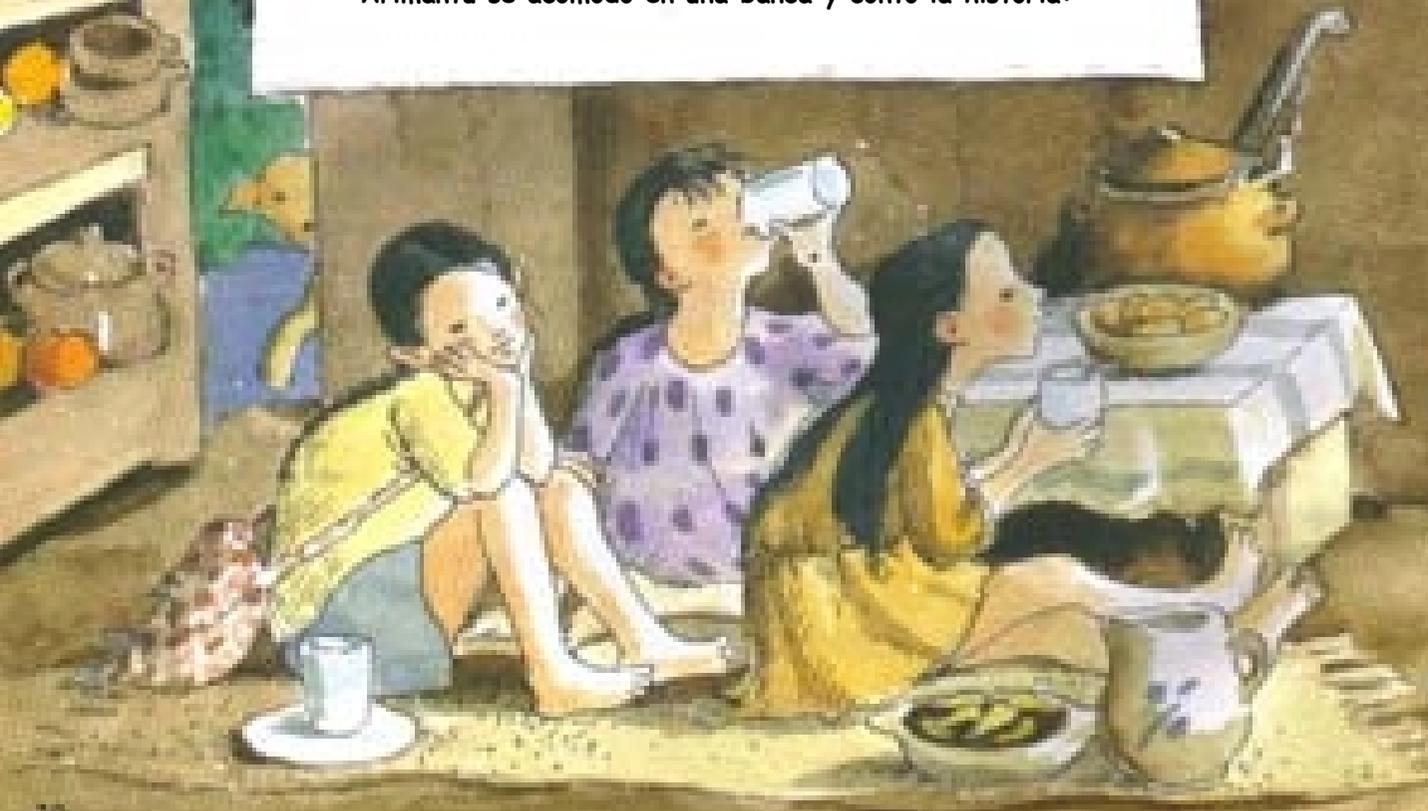
Todas las noches iban hasta la casa de Arimantu y, sentadas en la cocina, le relataban los descubrimientos más recientes: las distintas formas de las hojas, los variados colores del cielo, las extrañas texturas de las rocas, los numerosos hábitos de los animales.

"Están viendo todo con unos ojos nuevos", comentaba la Sabia siempre, apenas terminaban de hablar.

"¿Qué es eso?", se le ocurrió preguntar a Antú en cierta ocasión.

"Es lo mismo que le sucedió al Hermano Francisco hace mucho tiempo".

Arimantu se acomodó en una banca y contó la historia:



"Hace 800 años atrás, en un pueblo llamado Asís, nació Francisco. Era hijo de un rico mercader que vendía telas y una elegante mujer. Creció rodeado de comodidades; su padre le aportaba el dinero y su madre, el buen gusto. Se convirtió en un joven alegre que disfrutaba la compañía de sus amigos. No tenía preocupaciones, por lo tanto, se dedicaba a organizar fiestas y banquetes gran parte del tiempo. Ocupaba las horas restantes para soñar y practicar artes como el canto y la poesía.

Su padre guardaba la esperanza de convertir a Francisco en un hábil comerciante, pero él no mostró interés por esto. Como la vida militar estaba de moda en esa época, resolvió probar su suerte en la guerra. Partió orgulloso, vestido con su brillante armadura, a luchar en una batalla contra un pueblo llamado Perusa. Pero a Francisco lo capturaron los enemigos. Estuvo en prisión durante un año y esto le provocó una gran tristeza. Comprendió que la guerra no era para él, pero no sabía por qué decidirse. Se enfermó gravemente y fue enviado de regreso a su hogar, donde se recuperó de a poco gracias a los cuidados de su madre.





Cuando mejoró por completo, Francisco notó que estaba muy cambiado. Se dio cuenta que la larga enfermedad que tuvo, en el fondo, fue una gracia. Hizo la función del arado que remueve la tierra, la rompe y hace posible el crecimiento de los cultivos. La larga enfermedad le regaló unos ojos nuevos.

Tuvo la impresión que antes no había visto nada. Observó maravillado el cielo y sus nubes, el bosque y sus animales, la pradera y sus flores como si fuera la primera vez. ¡Cuántas veces pasó por allí y pensó que no eran más que una decoración en el paisaje! Ahora le pareció que le hablaban y lo conmovían. Todo lo que lo rodeaba era cercano y familiar. Hermano sol, hermana luna... así trataba a todas las cosas de la naturaleza. Sintió profundos deseos de dar las gracias. Gracias al cielo. Gracias a la tierra. Gracias a la vida. Gracias a... Dios. Algo tan hermoso no podía sino ser su obra."

Antú escuchó atentamente la historia. Le trajo a la memoria aquella vez que la noche las alcanzó cuando aún estaban en el bosque. Recordó que, al principio, sintió temor y luego, confianza. No le quedaba duda: Dios estuvo con ellas en ese momento, en la naturaleza...



Era el mes de febrero y la bandada de golondrinas comenzó a organizar su viaje migratorio. Solsiré observaba con fascinación como todos los adultos corrían de un lado para otro. Mientras algunos hacían arreglos a los nidos para que quedaran en buenas condiciones hasta la próxima temporada veraniega, otros recolectaban alimentos nutritivos para que todos sin excepción contaran con la energía suficiente para volar miles de kilómetros. Como la comida era rica en grasa, Solsiré veía que su cuerpo se hacía más grande y robusto cada día.

Con el pretexto de engordar, se dio el lujo de saborear cuánto manjar hallaba en el bosque: néctar de los frutos de árboles cercanos, hojas suaves y aromáticas, pasto tierno... Incluso estuvo dispuesta a probar las migas que se le caían a los humanos que pasaban por ahí, rumbo a los campos de trigo.

En la bandada reinaba la tranquilidad y la alegría.

El viaje en busca del sol estaba muy bien preparado. Por esta razón Solsiré se mostró extrañada cuando despertó un día y vio caras de tristeza.

Inmediatamente se levantó y decidió buscar a su mamá para obtener respuestas.

Voló hasta abajo y se encontró con sus hermanos. "Ha muerto Jaquim", le contó uno de ellos con voz débil. A Solsiré se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sentía un gran cariño por la anciana guía de vuelo. ¿Qué haría ahora con este sentimiento tan fuerte?

Unos pocos metros más allá se hallaban reunidos todos los adultos.

Solsiré se acercó buscando el calor del grupo. Miles de pensamientos daban vueltas en su cabeza y esperaba que las golondrinas mayores le dieran un consuelo.

Formaban un círculo en torno a Ayeka, que estaba posada sobre un pequeña roca.



- ¿Qué haremos ahora?- preguntó alguien en voz alta.
- Debemos llevar el cuerpo de Jaquim a un lugar donde descanse llena de paz- comentó la mamá de Solsiré.
- Opino que lo traslademos a su refugio- dijo alguien.
- A orillas del Río Cristalino- propuso otro.
- No, es mejor entre las ramas del fiel alerce- se escucharon varios murmullos.
- Yo tengo una sugerencia-

Se produjo silencio. Era Ayeka.

- Llevaremos su cuerpo a la cumbre más alta, lo más cerca del cielo que se pueda- dijo con serenidad- Dentro de unos días, la bandada pasará volando por allí... nada llenaría más de orgullo y alegría a Jaquim que un espectáculo como ese...

Todos aplaudieron la idea. Una golondrina tan dedicada como Jaquim, que se entregó por completo a sus tareas como guía de vuelo, estaría de acuerdo. Algunos adultos empezaron a planear los detalles para realizar esta hazaña. "Iremos hasta la montaña elegida formados como la punta de una flecha, como siempre..." Kaze se detuvo. ¿Quién la encabezaría ahora?



Preguntó esto en voz alta. Los presentes se miraron unos a otros. Finalmente, todos los ojos se posaron sobre Ayeka. Ella había dado muestras de mucha sensibilidad y buen criterio. ¡No había mejor opción posible que elegirla para guiar a todas las golondrinas en su próximo viaje en busca del sol! El grupo empezó a corear su nombre y, con un renovado entusiasmo, la melodía se convirtió en una bella canción.

Entre tanto Solsiré contemplaba a la distancia estos acontecimientos. Estaba confundida. Tenía al mismo tiempo una gran tristeza y una gran alegría en el corazón. Pena, porque echaba de menos a Jaquim; dicha, porque su mamá demostró sabiduría y preparación suficiente para asumir como la siguiente guía de vuelo de la bandada. Sentía orgullo... quizás algún día ella también podría tomar una responsabilidad así.

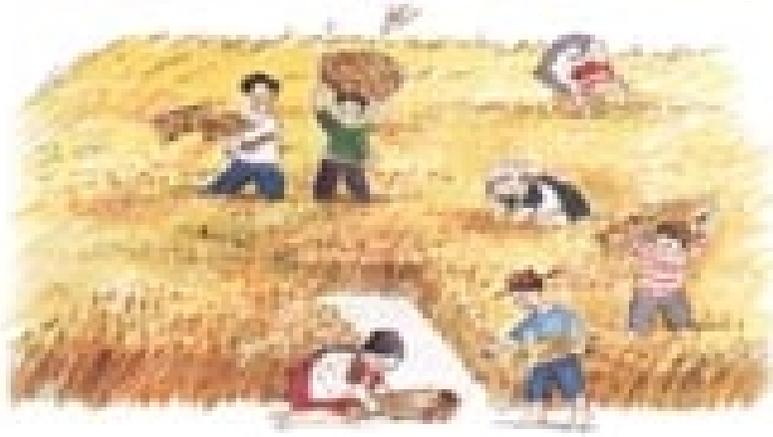


Antú, como todos los demás niños del pueblo, debía cumplir responsablemente con sus tareas diarias. A veces le correspondía ayudar en la casa y otras, en el campo.

Por supuesto, Antú prefería esto último.

A fines del verano, después de levantarse apenas se asomaba el sol, visitaba los cultivos.

Cada vez regresaba con un canasto de trigo cosechado por ella misma.



En una ocasión iba caminando apurada cuando se dio cuenta que el recipiente estaba roto y que por el agujero se habían caído muchos granos. Siguiendo la pista retrocedió hasta encontrarse con una golondrina que estaba probando gustosamente su trigo.

Esto le pareció curioso.

Antú había observado por largas

horas a estos pájaros y sabía que sólo comían insectos. "¡Que glotonal!", dijo entre risas.

Al parecer, el ave no tenía temor y Antú pudo sentarse a su lado.



Solsiré reconoció a la niña.

Era la que a menudo paseaba por el bosque con el extraño bulto atado a la espalda.

Lo que le llamaba la atención es que tenía una larga cabellera del mismo color que su plumaje.

Al día siguiente, cuando Antú fue a los campos de trigo, dejó un puñado de granos en el mismo lugar donde había visto a la golondrina, con la secreta esperanza de que regresara. Se sentó junto a un árbol y esperó.

El ave se encontraba presenciando la escena desde una rama y . Bajó a probar una vez más el rico trigo.

Antú estaba encantada ¡Su plan había resultado! A partir de entonces, la niña y la golondrina se encontraron todos los días al amanecer.

Antú siempre regresaba al pueblo antes del mediodía.
A veces se encontraba con Arimantu, quien daba su paseo habitual
por los alrededores.

"Ya se va el verano",

le comentó a Antú en una ocasión. Miró hacia el cielo y agregó

"El sol ya no hace su camino en lo más alto del cielo".

La niña sabía que muy pronto empezaría a hacer más frío y que
las horas de luz serían cada vez menos.

Esto lo llenó de tristeza.

¿Qué pasaría con su amiga golondrina cuando cambiara el clima?

Era un pajarito muy fuerte, pero al mismo tiempo tan frágil...

Cuando le consultó a la Sabía, ésta le dio una respuesta que la
dejó sin habla:

"Se irá de aquí junto al resto de la
bandada a buscar tierras más
cálidas"





Ante el silencio de Antú, agregó:
"Estarán lejos mientras dure el invierno, nada más... Ya verás como regresarán el próximo año, anunciando una vez más la llegada de la primavera".

La niña pensó: "Quizás mi ave amiga sea la golondrina bienvenida cuando eso suceda". La idea la llenó de alegría.

¡Ahora esperaría con más ganas que nunca las primeras señales del buen tiempo!

Mientras tanto, Solsiré también pensaba en el futuro. Estaba triste y contenta por la partida. Ahora que tenía una amiga humana, deseaba pasar más horas con ella.

Lo único que la consolaba era la certeza que se volverían a ver. Su corazón estaba lleno de cariño y agradecimiento.

No sabía como demostrarle a la niña cuán importante era el gesto que ella hacía todos los días. El trigo que le daba estaba delicioso.

Ya hallaría la forma de hacerlo...

En el momento que la bandada se empezó a preparar para emprender el vuelo hacia el sol, se le ocurrió una idea.



Una mañana fresca esperó a la niña como siempre en el árbol.

Cuando llegó, descendió y, en vez de recoger el trigo, siguió de largo.

Antú sorprendida la siguió mientras se preguntaba si había algún problema. Llegaron hasta el lugar donde se encontraba toda la bandada. Todos los pájaros estaban armónicamente formados.

La pequeña golondrina fue a tomar su lugar y fue entonces cuando empezaron a cantar.

Esta trinidad era el más hermoso regalo que se podía ofrecer.

Antú escuchó emocionada como la bandada finalizaba sus bellas melodías... Ya era la hora.

La niña se asombró cuando las golondrinas emprendieron el vuelo, atravesando el cielo como una singular flecha en dirección al sol...

Sintió que las lágrimas humedecían sus ojos.

No eran lágrimas de tristeza, sino de profunda alegría.

Antú y Solsiré nace en 1997, del primer concurso literario nacional destinado a niñas y guadoras que trabajan en la Rama Golondrina.



Este concurso invitaba a todas las integrantes de la Rama a soñar, buscar y crear historias para animar cada una de las áreas de desarrollo, identificar los elementos del método guía y scout en la Rama; reconocer la riqueza de su fondo motivador, la vida de las golondrinas y encontrarse con los valores que con mayor fuerza de desarrollan en esta edad al interior del Movimiento Guía y Scout.

Fue así como muchas niñas y guadoras emprendieron este desafío y empezaron a dar forma esta publicación.

Luego de una selección previa realizada por la Comisión Nacional de la Rama Golondrinas, un jurado formado por miembros del Consejo Nacional, Patricia Jauregui y María Eugenia Poblete; el Comisionado General de entones, Daniel Oyarzún Valdivia; la Comisionada Nacional de la Rama Golondrina, Soledad Castillo Medina; miembros de la Dirección de Programa, Patricio Criado Rivera, Prune Forest y Ana Lorena Mora, de la Asociación de Guías y Scouts de Chile; otorgaron las siguientes distinciones:

- * 1° lugar, “La Historia de Antú”, Grupo Guía y Scout Cahuala, Distrito Chiloé, Zona de Reloncaví.
- * 2° lugar, “Solsiré”, Amaya Oyarzún, Grupo Guía y Scout Kui-Peñi, Distrito Río Maipo, Zona Santiago Maipo.
- * 3° lugar, “Una historia no muy antigua”, Alejandra Salgado, Grupo Guía y Scout Buen Pastor, Distrito Bío Bío, Zona Del Bío Bío.
- * 3ª Mención honrosa, “Utilización de los elementos del Marco Simbólico”. La Golondrina Pichón, Daniela Verdugo Fuentes (Golondrina de 9½ años) Co-autor: Angela Fernández (guadora), Grupo Guía y Scout Liceo Alemán, Distrito Bío Bío, Zona del Bío Bío.

Los cuentos seleccionados fueron entregados a Loreto Caro para que realizara una adaptación, fundiendolos en uno sólo que tenga diferentes historias. Luego de un arduo trabajo, les presentamos “ANTU Y SOLSIRÉ” en un cuento, sí un cuento, para todas las niñas entre los 7 y los 11 años que viven intensamente la aventura de ser Golondrina.



La Historia comienza en algún rincón de Chile, a los pies de la majestuosa Cordillera de los Andes, en las riveras del Río Cristalino, a los inicios de la Primavera. En sus páginas descubrirás muchas aventuras que viven nuestras nuevas amigas llenas de peligros, entretenidos amigos, historias para viajar a tiempos lejanos y lecciones para aprender a vivir.

El texto fue ricamente complementado con las ilustraciones de Marta Carrasco que con sus formas y colores nos muestran la magia de todo aquello que no se puede escribir. Gracias querida Marta por dedicar tu vida a dar forma a los sueños literarios infantiles...

Ven y vive con Antú y Solsiré sus inolvidables y entretenidas aventuras.

Buen Viaje